

Identidad y violencia

Del mismo autor

Elección colectiva y bienestar social, Madrid, 1976

Sobre la desigualdad económica, Barcelona, 1979

Nuevo examen de la desigualdad, Madrid, 1995

Nueva economía del bienestar, Valencia, 1995

Sobre ética y economía, Madrid, 1997

Bienestar, justicia y mercado, Barcelona, 1997

Desarrollo y libertad, Barcelona, 2000

El nivel de vida, Madrid, 2001

Poverty and famines, Oxford, 1981

Choice, welfare and measurement, Oxford, 1982

The standard of living, Cambridge, 1987 (en colaboración
con Martha Nussbaum)

Rationality and freedom, Cambridge, 2002

Amartya Sen
Identidad y violencia
La ilusión del destino

Traducido por Verónica Inés Weinstabl
y Servanda María de Hagen

Sen, Amartya

Identidad y violencia : la ilusión del destino - Katz, 2007.

270 p. ; 20x13 cm.

Traducido por: Verónica Inés Weinstabl y Servanda María de Hagen

ISBN 978-84-935432-7-3

I. Identidad. 2. Violencia. I. Weinstabl, Verónica Inés, trad.

II. Título

CDD 303.6

Primera edición, mayo de 2007

Primera reimpresión, junio de 2007

© Katz Editores

Sinclair 2949, 5º B

1425 Buenos Aires

Fernán González, 59 Bajo A

28009 Madrid

www.katzeditores.com

Título de la edición original:

Identity and violence: The illusion of destiny

© Amartya Sen, 2006

© Norton & Company Ltd.

Nueva York, 2006

ISBN: 978-84-935432-7-3

El contenido intelectual de esta obra se encuentra protegido por diversas leyes y tratados internacionales que prohíben la reproducción íntegra o extractada, realizada por cualquier procedimiento, que no cuente con la autorización expresa del editor

Diseño de colección: tholön kunst

Impreso en España por Romanyà Valls S.A.

08786 Capellades

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

9	Prólogo
15	Prefacio
23	1. La violencia de la ilusión
43	2. Cómo comprender la identidad
69	3. El confinamiento en la civilización
91	4. Filiaciones religiosas e historia musulmana
121	5. Occidente y antioccidente
145	6. Cultura y cautiverio
165	7. Globalización y voz
201	8. Multiculturalismo y libertad
227	9. Libertad de pensamiento
247	Índice de nombres
253	Índice analítico

Para Antara, Nandana, Indrani
y Kabir, con la esperanza de un mundo
más libre de quimeras

Prólogo

Hace unos años, cuando regresaba a Inglaterra después de un corto viaje (en ese entonces era director del Trinity College de Cambridge), el oficial de migraciones del aeropuerto de Heathrow, quien controló mi pasaporte indio con bastante rigor, me planteó una pregunta filosófica de cierta complejidad. Tras ver la dirección de mi casa en el formulario de migraciones (Residencia del Director, Trinity College, Cambridge), me preguntó si el director, de cuya hospitalidad evidentemente yo gozaba, era un amigo cercano. Me demoré unos segundos, porque no me quedaba del todo claro si podía afirmar ser mi propio amigo. Luego de reflexionar, llegué a la conclusión de que la respuesta debía ser afirmativa, ya que por lo general me trato a mí mismo de manera bastante amigable y, además, cuando digo tonterías, de inmediato me doy cuenta de que, con amigos como yo, no necesito enemigos. Debido a que me demoré en dilucidar todo esto, el oficial de migraciones quiso saber exactamente por qué había dudado y, en particular, si había alguna irregularidad para mi ingreso en Gran Bretaña.

Bien, finalmente se resolvió esa cuestión práctica, pero la conversación fue un recordatorio, si es que era necesario, de que la identidad puede ser un asunto complicado. Desde luego, no es muy difícil persuadirnos de que un objeto es idéntico a sí mismo. Wittgenstein, el gran filósofo, observó una vez que “no hay ejem-

plo más claro de una proposición inútil” que decir que algo es idéntico a sí mismo, pero continuó sosteniendo que la proposición, aunque totalmente inútil, estaba “relacionada con cierto juego de la imaginación”.

Cuando dejamos de prestar atención a la noción de *ser idéntico a sí mismo* y la centramos en *compartir una identidad con otros* miembros de un grupo particular (que es la forma que muchas veces adopta la idea de identidad social), la complejidad aumenta aun más. En realidad, muchos problemas políticos y sociales contemporáneos giran en torno de reclamos opuestos provenientes de identidades diferentes que involucran a grupos distintos, puesto que la concepción de la identidad influye, de modos muy diversos, sobre nuestros pensamientos y nuestras acciones.

Los acontecimientos violentos y las atrocidades de los últimos años han dado paso a un período de terrible confusión y de temibles conflictos. Con frecuencia, la política de confrontación global es considerada un corolario de las divisiones religiosas y culturales del mundo. De hecho, el mundo es visto cada vez más, aunque sólo sea implícitamente, como una federación de religiones o de civilizaciones, por lo que se hace caso omiso de todas las otras maneras en que las personas se ven a sí mismas. Subyacente a esta línea de pensamiento se encuentra la extraña suposición de que la gente puede categorizarse únicamente según un sistema de división *singular y abarcador*. La división de la población mundial por civilizaciones o por religiones produce un enfoque “singularista” de la identidad humana, según el cual los seres humanos serían solamente miembros de un grupo (en este caso, definido por la civilización o la religión, en contraste con la dependencia anterior respecto de las nacionalidades y las clases).

Un enfoque singularista puede ser una buena forma de malinterpretar a casi todos los individuos del mundo. En nuestra vida

cotidiana, nos vemos como miembros de una variedad de grupos y pertenecemos a todos ellos. La misma persona puede ser, sin ninguna contradicción, ciudadano estadounidense de origen caribeño con antepasados africanos, cristiano, liberal, mujer, vegetariano, corredor de fondo, historiador, maestro, novelista, feminista, heterosexual, creyente en los derechos de los gays y las lesbianas, amante del teatro, activo ambientalista, fanático del tenis, músico de jazz y alguien que está totalmente comprometido con la opinión de que hay seres inteligentes en el espacio exterior con los que es imperioso comunicarse (preferentemente en inglés). Cada una de estas colectividades, a las que esta persona pertenece en forma simultánea, le da una identidad particular. No se puede considerar que alguna de ellas sea la única identidad de la persona o su categoría singular de pertenencia. Dadas nuestras inevitables identidades plurales, tenemos que decidir acerca de la importancia relativa de nuestras diferentes asociaciones y filiaciones en cada contexto particular.

Por consiguiente, las responsabilidades de elegir y de razonar son esenciales para llevar una vida humana. Por el contrario, se fomenta la violencia cuando se cultiva el sentimiento de que tenemos una identidad supuestamente única, inevitable —con frecuencia beligerante—, que aparentemente nos exige mucho (a veces, cosas muy desagradables). La imposición de una identidad supuestamente única es a menudo un componente básico del “arte marcial” de fomentar el enfrentamiento sectario.

Por desgracia, muchos esfuerzos bien intencionados para detener esa violencia también corren con desventaja porque no se perciben las posibilidades de elegir entre nuestras identidades. Cuando las perspectivas de que haya buenas relaciones entre los diferentes seres humanos se ven —como sucede cada vez más— en términos esencialmente de “amistad entre las civilizaciones”,

“diálogo entre los grupos religiosos” o “relaciones amistosas entre las diferentes comunidades” (haciendo caso omiso de las muchas maneras diferentes en que las personas se relacionan entre sí), se provoca un grave empequeñecimiento de los seres humanos incluso antes de comenzar a implementar los programas diseñados para alcanzar la paz.

Se degrada lo que es común a nuestra humanidad cuando las múltiples divisiones del mundo se unifican en un sistema de clasificación supuestamente dominante: en términos de religión, comunidad, cultura, nación o civilización (tratando a cada uno de ellos como si fuera especialmente poderoso en el contexto de ese enfoque particular de la guerra y la paz).

El mundo dividido de ese modo es mucho más disgregador que el universo de categorías plurales y diversas que dan realmente forma al mundo en que vivimos. No sólo va en contra de la antigua creencia de que “nosotros, los seres humanos, somos todos iguales” (que en la actualidad suele ridiculizarse —con razón— por ser demasiado necia), sino contra el concepto, menos debatido pero mucho más posible, de que somos *diversamente diferentes*. La esperanza de que reine la armonía en el mundo actual reside, en gran medida, en una mayor comprensión de las pluralidades de la identidad humana y en el reconocimiento de que dichas identidades se superponen y actúan en contra de una separación estricta a lo largo de una única línea rígida de división impenetrable.

En realidad, no sólo las malas intenciones sino también la desorganización conceptual contribuye de modo significativo a la confusión y a la barbarie que vemos a nuestro alrededor. La ilusión del destino, en especial acerca de una u otra identidad particular, alimenta la violencia en el mundo tanto mediante omisiones como hechos. Debemos ver con claridad que tenemos muchas filiaciones distintas y que podemos interactuar entre

nosotros de muchas maneras diferentes, independientemente de lo que nos digan los instigadores y quienes se les oponen. Hay lugar para que nosotros decidamos nuestras prioridades.

Descuidar la pluralidad de nuestras filiaciones y la necesidad de elección y razonamiento oscurece el mundo en el que vivimos y nos empuja hacia las terribles posibilidades descritas por Matthew Arnold en “Dover Beach”:

Y estamos aquí como en una llanura sombría
envueltos en confusas alarmas de batallas y fugas,
donde los ejércitos ignorantes se enfrentan por la noche.

Podemos ser mejores que eso.